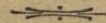


do á Morelia para encontrar al siguiente día con las fuerzas enemigas que mandaba el General Angel Guzmán en la referida puerta del Atole, de cuyos hechos ya tiene conocimiento mi buen amigo. Una vez satisfecha mi duda de la manera más bondadosa, me retiro, con su permiso, dijo el Secretario, siempre que no haya algo que mandar. Hazlo, pues, contestó el General, cuando por ahora nada ocurre.



Tercera época.



LA OPINIÓN PÚBLICA DE PARTE DE LA REVOLUCIÓN.



El Coronel Rafael Degollado, cumpliendo con la comisión encomendada por el General D. Gordiano, en Mayo de 1842, y en el trascurso de la cual le dirige de Colima y Jalisco algunas cartas con antecedentes del estado que por aquellas regiones guardaba la política de entonces; y en la última que le despachó en Octubre del año citado, le decía entre otras cosas: que convenía mucho á los intereses de la causa que se había propuesto defender, dispusiese una expedición por aquellos países, porque con motivo del general desafecto á la administración del General Santa Anna, entendía que con la presencia de una fuerza moralizada, se avanzaría mucho, por la cual vieran los contrarios que el edificio social comenzaba á desbordarse al empuje de la opinión bastante generalizada ya; y en-

tonces los pueblos se convencerían de que en medio de los desastres de la revolución, contarían con el apoyo y garantías de las tropas federales, siendo esto un poderoso estímulo para que la causa tuviese en aquel territorio algunos colaboradores y muchos adictos; robusteciéndose con ello más y más la opinión pública.

Entonces el General, de acuerdo con las indicaciones de Degollado, comienza á organizar de nuevo la Brigada de su mando, haciéndose los preparativos necesarios para la expedición, y todo listo en fines de dicho año, se mueve de Aguililla el General en dirección á Jalisco, dando aviso á su comisionado de haber emprendido ya su marcha.

Una vez las fuerzas de Don Gordiano en el territorio tapatío, se le persigue por una fuerza respetable del Gobierno de aquel Estado, al mando del General Montenegro, y encontrándose entonces la Brigada federal en San Isidro, llega al Arenal su perseguidor, se le da parte de ello á Don Gordiano y luego se dispone á tomar las medidas convenientes al buen éxito de la defensa, presentando acción al enemigo, la cual duró algunas horas de uno de los primeros días de Octubre del año antes citado; y siendo como fué bastante reñida la lucha, resultaron bajas de consideración en las fuerzas contendientes, entre muertos y heridos, terminando ese hecho de armas hasta la puesta del sol del día citado, en que las tropas del Gobierno tuvieron que dejar á San Isidro y el Arenal, retirándose en desorden rumbo á la Capital de Jalisco, quedando con esa ocurrencia en triunfo los federales y el campo á discreción de los jefes vencedores que lo mandaron levantar en la mañana del día siguiente.

A los dos días de pasada la acción, evacuó también el General Gordiano las referidas haciendas, tomando el camino de Zayula, llevando 39 camillas

en que se trasportaron heridos de gravedad y dejando sepultados sus muertos, lo mismo que los del enemigo, en el lugar de costumbre.

Alojada ya la tropa en dicha población, pide luego el General á los jefes de cuerpos un estado de fuerza, armamento, municiones y caballos, el cual le fué presentado, y por él ve con sentimiento, la baja de la brigada, así como la irreparable pérdida de algunos oficiales dignos de su estimación. Entre muertos y heridos ascendió la baja á 192; y en cuanto á caballos, los que se inutilizaron se repusieron con los que el enemigo abandonó en su retirada. Tal fué el resultado del hecho de armas ocurrido hacía cuatro días, quedando la Brigada reducida á 558 individuos de tropa.

Al tercer día salió dicho jefe de la población zayulteca, tomando el rumbo de Chapala, sin que se le persiguiera, y de allí el de Michoacán, no siéndole dable permanecer algún tiempo más en el territorio tapatío, por que las fuerzas salidas de la capital en su persecución, eran muy superiores, según estaba informado y no podía resistirlas con éxito, pues que si hubiera pensado en tal locura, se perdería la victoria que las armas federales alcanzaron, á tan caro precio, en la jornada de San Isidro, en cuya finca se asistieron con solicitud los heridos pertenecientes á la Brigada, y mediante esa conducta, que debe ser mencionada en estos apuntes, conviene secundar en este caso lo que otros muchos han dicho: *que también en Jalisco hay hombres.*

Firme el General Guzmán en su propósito de no comprometer la victoria de que antes se trata, regresa á su cuartel general de Aguililla en espera de nuevos acontecimientos y en consecuencia, á su llegada, pone en descanso su fuerza, mandando luego curar á los heridos que ocuparon las camillas, de los cuales murieron algunos.

Las fuerzas federales de la época indicada, después de los acontecimientos de la puerta del Atole, se organizaron de nuevo y siguieron combatiendo á los tiranos, triunfando unas veces y otras perdiendo; entretanto vino el plan de Ayutla, y entonces sí se le dió en la cabeza á la víbora.

*INDULTO DEL MAYOR D. JUAN FLORES.
—VARIOS JEFES.*

A poco tiempo del hecho de armas del Coronel Manuel Vélez por el camino que de Santa Efigenia conduce á Ario de Rosales, se indulta el Mayor de caballería Don Juan Flores, subordinado de aquel Jefe, y considerando lo que pasó en Taretan al de igual categoría Juan Calderón, se subalternaron á Vélez los Jefes Muñoz, Orta, los de Panzacola y otros varios que siguieron combatiendo á los tiranos; mas respecto de los ciudadanos Sierra y Ochoa, éstos se separaron de las filas federales para desempeñar en la frontera del Norte comisiones interesantes del servicio.

Después de algunos meses que regresaron esos comisionados de aquel rumbo, ya las tropas federales en su mayor parte habían separádose de la escena política por una fatalidad, y otras puestas en receso para volver á la lucha en mejores circunstancias.

Estando el Mayor Flores al servicio de las tropas federales, y Don Camilo su hijo á las del Gobierno central, era de esperarse que uno ú otro abandonasen las filas, por ser tan repugnante esa división entre familias, y peor aún entre padres é hijos defendiendo opuesta causa, y mediante esa consideración, no pudo ser otro el resultado.

El indulto del Mayor Flores dió lugar á que las tropas federales de aquella época cantaran en sus marchas el siguiente juguetillo:

«Yo ayer tarde lo ví
y Usted, no me quiso hablar,
luego al punto conocí
que Usted no sabía amar;
ya no soy boba yó
váyase Usted á pasear.»

En cuanto al Coronel Francisco Ronda, este Jefe hostilizó á las tropas del Gobierno centralista impidiendo la conducción de reemplazos para el Ejército, quitándolos en su tránsito del poder del enemigo y dándoles libertad en seguida, teniendo que sacrificar al efecto algunos soldados y que poner libres á los prisioneros que se le hacían al enemigo en las acometidas que se le daban.

Algunas veces asaltaba las escoltas enemigas conductoras de equipo, armamento y municiones que el Gobierno de Michoacán remitía para el servicio de los destacamentos, quedando ese botín en poder del Coronel, y, por último, también en diversos casos sorprendía correos del enemigo, recogiendo la correspondencia y dejándoles enteramente libres.

Asaltaba con frecuencia á las fuerzas contrarias en sus respectivas plazas, ocupando algunas con buen éxito, y retirándose de otras mejor fortificadas; pero no sin dejar de aprovechar oportunidades, recogiendo caballos, armas y cuanto más se podía, distribuyéndolo todo entre sus soldados.

Los acontecimientos antes mencionados tuvieron lugar en fines de 1833, dándose parte de ellos al Cuartel General, establecido entonces en el Distrito de Apatzingán.

En 1839, estando confiada la plaza de Taretan al Coronel Carlos María Gordillo y á sus órdenes la fuerza que mandaba el Capitán José María Huerta, se aproxima Ronda, por Patúan, á esa población en uno de los días del mes de Mayo del año citado, saliendo luego á su encuentro los relacionados jefes con la tropa que tenían á sus órdenes, á fin de ahuyentar á Ronda del municipio y darle una buena lección.

¡Buena fué! que ellos la llevaron, porque como á las cuatro de la tarde de aquel día regresaron de la hacienda de Patúan los guardianes de la plaza de Taretan, á todo escape, metiéndose en sus trincheras, llevando algunos soldados heridos y menos caballos, con motivo de que la fuerza de Ronda los persiguió en su retirada, tiroteándoles hasta las goteras de la población y en esos momentos los soldados del Gobierno perseguidos tan de cerca, se escapaban por los bosques, abandonando armas y caballos que los de Ronda recogieron, retirándose luego rumbo á la inmediata sierra de Tingambato.

Como ese Coronel continuó en sus afanes de molestar á las tropas del Gobierno en cuanto le fué dable, despojándolas por la fuerza del dinero que para haberes de tropa llevaban y que como producto de recaudación se remitían, tanto á los destacamentos, como á la Tesorería General del Estado y comandancia militar del mismo, el General Gobernador Pánfilo Galindo muy molestado por esa conducta, dispuso salir como lo verificó, de la Capital personalmente con una Brigada, resuelto á hacer á Ronda una tenaz persecución. Durante ella, por pueblos, montañas, barrancas, caminos, bosques y veredas, nada, absolutamente nada, pudo alcanzar el Sr. Gobernador, porque los acontecimientos hostiles y las causas generales que dieron en pie.

Luego viene á Michoacán una fuerza de Guanajuato, á las órdenes de los Generales Pedro y Luis Cortazar, hermanos, obrando en conbinación con el Gobierno de aquel Estado, estableciendo en seguida destacamentos en las poblaciones más importantes del mismo Estado, con objeto de estrechar el terreno á los soldados de Ronda.

Más tarde salen en persecución de ese cabecilla las fuerzas de ambos Estados, con sus respectivos Jefes, y sin embargo sucedió lo mismo que antes, porque ese Coronel federal les trajo en su persecución, no obstante la unión de las tropas de los dos Estados, que no le perdían la vista, pero sin conseguir por ese medio el exterminio de los de Ronda, ni establecer la paz en Michoacán, mediando al efecto las distintas determinaciones del Gobierno en ese sentido.

Los Generales indicados, con la conciencia, tal vez, de que nada podrían hacer de provecho por dilatada que fuera la persecución, de acuerdo proponen indulto á Ronda, que despreció muchas veces y siguió con más empeño hostilizando al Gobierno. Convencidos, pues, los gobernantes de aquella época de que era difícil alcanzar algo en favor del Centralismo, ó quizá llamados á su puesto por asuntos de mayor importancia que no faltaban entonces, resolvieron de conformidad abandonar la persecución emprendida en contra de los pronunciados, regresando á su centro, para atender debidamente á sus preferentes atenciones y á Ronda dejarle hacer su voluntad.

Después de algún tiempo, es perseguido de nuevo ese cabecilla, y en una de sus correrías necesita pernoctar con su fuerza en las mesas del pueblo de Naranja—nombre que lleva una altura inmediata á la misma población—con objeto de mandar de allí, al amanecer, por un dinero para socorrer á la tropa, y en la madrugada del día siguiente que

corresponde á uno de los del mes de Octubre de 1839, ordena Ronda á su secretario, Capitán Juan López, se dirigiese á dicho pueblo, solo, para no llamar la atención, á decir de su parte al Teniente de Justicia del mismo lugar, le mandara por su conducto los 60 pesos que, de Bellas Fuentes debían haberle mandado sus parciales.

Dicha autoridad, que conocía bien á López, le entregó la cantidad expresada, recogiendo el correspondiente recibo. En seguida se despide el Capitán de la autoridad, llevando el camino que conduce á Zacapu, por el cual debía tomar el que necesitaba para llegar al lugar en que le esperaba su jefe; pero antes de separarse de esa vía, le encuentra una avanzada del enemigo, la cual salió de la plaza de ese pueblo á vigilar el camino que de él conduce á Pátzcuaro, y en seguida el Comandante de ella, le dió el ¿quién vive? á que contestó López de un modo maquinal por la sorpresa: ¡El Supremo Gobierno! Luego le interrogó á donde se dirigía, respondiendo el Capitán que á Zacapu, á participar al Comandante de la plaza, que una fuerza pronunciada se encontraba en Bellas Fuentes, causando á los vecinós de esa finca algunas vejaciones.

En vista de esa contestación, el oficial interrogante, que nada sospechó, le concede el paso y aun le dió razón del alojamiento de su Jefe, despidiéndose en seguida y abandonando López á poco andar, el camino que traía para tomar el de La Mesa. Un poco repuesto con la sorpresa que recibió con aquel inesperado encuentro, y libre ya del gran peligro en que se vió en ese incidente si hubiera sido descubierto, llega, por fin, sin otra novedad al paraje donde le esperaba su Jefe: le refiere á este prolijamente lo que había pasado y el gran susto que le causó aquella sorprendente entrevista, entregándole luego los sesenta pesos.

Con motivo de tal informe, el Coronel manda socorrer con violencia la tropa y se pone en marcha á las 12 del día, siguiendo el camino que llevaba la escolta del enemigo, y á las cuatro de la tarde fué aquella sorprendida de los de Ronda, en el paraje de la "Barranca honda," quedando prisioneros los soldados que la componían, á excepción del comandante de ella, que pudo escaparse.

La noche de ese día pernoctó el Coronel en la sierra de Zinciro y al siguiente puso en libertad á los 15 prisioneros de la escolta dicha, devolviéndole sus maletas y dando 25 centavos á cada uno para que regresaran á sus inmediatos pueblos, quedando en poder del Coronel, caballos, armas, equipo y municiones, que pertenecieron á la escolta.

Con motivo de esas ocurrencias, se le persigue también por la fuerza de Zacapu y con eso se le obliga á pasarse á la sierra de Purépero, de la cual se dirige al rancho de Casas Viejas para dar pienso á la remonta y algo de comer á la tropa; y á eso de unas cuantas horas de permanencia allí, aparece sobre el camino que conduce á Zamora una escolta del Gobierno que regresaba de aquella ciudad, después de dejar unos reemplazos. Mandada batir luego y una vez derrotada, se tomaron 25 hombres prisioneros de que se componía aquella, y á su comandante el Teniente José Macías; en cuya virtud, quedan también en poder de Ronda objetos de guerra y muebles iguales en su clase á los que recogió dos días antes de la escolta de Zacapu; de cuyos muebles y demás objetos procuró desembarazarse con oportunidad para expeditarse á la defensa.

Pasado ese hecho, se dirige con sus prisioneros á la sierra de donde antes había salido, tomando el camino que de Caurio conduce al puerto de Sansán, y en ese solitario sitio, dá libres á los 25 hombres de tropa que tomó prisioneros en Casas Vie-

jas, auxiliándoles con 25 centavos á cada uno, entregándoles sus maletas y salvo conducto para que regresaran al lugar de su origen, remitiendo al Teniente José Macías al cuartel general, que se encontraba entonces en el Distrito de Apatzingán, para que allí se dispusiera lo conveniente.

Terminado ese acontecimiento y estando en Cherán dando un pienso á la remonta, se le da aviso al Coronel de que por la sierra de Sevina venía una tropa del Gobierno en dirección á aquel pueblo. En vista de esa noticia se manda ensillar luego y se pone en salvo la remonta recojida en el último encuentro, remitiéndola á lugar seguro con un piquete de caballería; y avistada que fué la vanguardia del enemigo en las goteras de Cherán, emprendió Ronda su retirada por el paraje de la Cofradía, rumbo al cerro del Mesteño, sin que sus perseguidores notaran ese movimiento, el cual pudieron descubrir cuando el Coronel estaba fuera de su alcance. En pos de sus huellas se le sigue hasta dicho cerro. De allí á la sierra de Zacapu y luego á la de Pichátaro, sin darle alcance en ninguno de esos puntos.

Fastidiadas, tal vez, las fuerzas del Gobierno de tan frecuentes y dilatadas correrías en persecución de Ronda sin resultado alguno, abandonan esa tarea, resolviendo reconcentrar sus fuerzas en sus respectivas plazas: las de Cortazar á la de Taretan, y las de Galindo, á Pátzcuaro; siendo testigo presencial como actor en la demanda, el General Florencio Antillon, que vive aún en esta Capital, como subordinado entonces de Cortazar, sirviendo la Pagaduría de la Brigada de Guanajuato y alojado en la casa de Don Agustín Solórzano, del comercio de aquel pueblo.

Entonces el repetido Coronel, no despreciando esa oportunidad, baja también de la sierra á Erongarícuaro el 22 de Junio de 1840, con algunos he-

ridos y remonta bastante estropeada. Con ese motivo ocurre á la autoridad respectiva pidiéndole un caballo en calidad de pronta devolución, ofreciendo dejar, entre tanto, en poder de aquélla, el que se encontraba enfermo; solicitando, además, del vecindario por el mismo conducto, un auxilio de 50 pesos para socorrer la tropa.

Mediante ese pedido se reunieron los vecinos á la autoridad, y haciéndoles presente la solicitud del Coronel, unos manifestaron conformidad y otros se negaron, resolviendo al fin la mayoría que no debía de atenderse la solicitud de dicho Jefe, y en consecuencia se le hiciera esperar, ofreciéndole algo entre tanto se mandaba á Pátzcuaro un mozo de confianza, dando aviso al General Galindo de la visita que tenía en el pueblo, á fin de que mandase una fuerza en su persecución, que alejara á Ronda de aquel lugar para no darle ni un centavo, ni el caballo que pedía. Así lo hicieron esos malos vecinos que, tras de la culpa llevaron la penitencia; y á las tantas horas del citado día se aproxima una sección de caballería á Erongarícuaro procedente del Gobierno.

Ronda entonces comprende lo que pasaba y en seguida se dirige á la autoridad, indicándole algo de la traidora conducta del vecindario, recordándole también las consideraciones de amistad que siempre había dispensado á los vecinos, insistiendo en lo que pedía y reprobando con disgusto tan infame proceder.

Estando en esas explicaciones con la autoridad, no faltó quien anunciara la aproximación de las tropas del Gobierno, por el inmediato pueblo de Urecho; y seguros de ello los vecinos, se reunieron los principales, montados en buenos caballos, é hicieron armas contra Ronda. Este Jefe, no obstante estar sentido, y con justicia, por la conducta de los vecinos, les suplica á los amotinados no le